

(...) El nombre por decir, olfatearlo,  
llevarse a las manos sin memoria, al menos darle vida.

("Nombre arcilla infinito", 41).

Los versos acogen hipérbatos ("no palabras aún", "color rubio/ de polen suspirarlo"), y numerosos infinitivos ("olfatearlo", "suspirarlo", "vencerle", "vertérselas") que deshacen la lógica sintáctica. Es un reflejo de la búsqueda de un código de comunicación particular y prístino, alejado de asociaciones externas al interés poético.

El sujeto lírico descubre la eternidad del tú ("Hoy sé de pronto que existes de siempre") y se aventura a crearle un cuerpo. En un proceso de ascensión (pies, piernas, breve vientre, senos, hombros, cuello, rostro) va modelando la figura. Roquerío, música, alcor, palomas de clarión, ánfora... son imágenes que le concede, fundiendo su carácter musical, etéreo y terrestre. Surge una Eva inventada, en espera de que "rompieras en tu nombre/ reconciliada al fin con tu belleza".

La "víspera" verbal se transforma en un edénico paisaje en la III parte. El poeta vuelca su amor hacia cada elemento natural, como propone el epígrafe inicial ("Amor tal vez paisaje"). La diosa adquiere un cuerpo modelado a través del espacio, lo que comporta el despliegue de sintagmas metafóricos; así, la mirada es "profunda antigüedad varada en la luna", las manos "alondras torrenciales", "junco claro" el andar; sus piernas "columnas junto al mar", su cintura "ribera de la nieve". Imágenes que potencian una figura etérea, estilizada y undosa, como germen de vida poética que es.

La cercanía del paisaje se sujiere mediante la percepción de las sensaciones. Las abundantes sinestesias que presenta ahora el texto recuerdan la vida y la frescura de aquél: "acariciado campo/ el mundo en mirándolo tú", "a tierra huele el beso y a humo blanco", "huele a luz matinal el beso", "Ventanas verdes hay que traen fragancia/ luminosa del mar", "altas tórtolas bellas madrugan tu perfume"... Tales sintagmas recalcan el valor virginal de espacio y diosa, unión indisoluble.

El proceso constructivo culmina en "Cuerpo final", donde por fin el tú se reconcilia con la belleza y rompe la corteza del nombre. Surge un hoy como delimitación del principio creativo; al mismo tiempo, el yo poético renace como sujeto lírico y accede con la vista a la plena contemplación de su amada. Siguiendo el código petrarquista y neoplatónico la luz penetra en sus ojos y despierta el amor:

Verde parto tus ojos, paternal  
esposo de tu cuerpo, yo contemplo  
despacio tu figura y tu espejismo  
desde esta luz interna que aletea  
más allá de mi alma, desde antiguo.

("Paternal esposo", 56).

Ella, humana y divina, despierta los deseos carnales y poéticos del cantor; éste, ansía poseer la belleza del cuerpo que se descubre. Otra Eva, le ofrece un locus amoenus donde estrenar la "tímida fruta":